GUGLIELMO MARCONI

Entrevistado por Kate Carew
(New York Tribune, 14 de abril de 1912)

Guglielmo Marconi (1874-1937), físico italiano e inventor de la telegrafía sin hilos, nació en Bolonia. Empezó a experimentar con las ondas electromagnéticas a partir de los veinte años. En 1898 transmitió señales de un lado a otro del canal de la Mancha y pocos años más tarde consiguió transmitirlas al otro lado del Atlántico. Creó la Marconi Telegraph Co. en Londres, en 1898. Marconi y su colega, el físico alemán Karl Braun, fueron galardonados con el Nobel de Física en 1909. Más tarde inventó dispositivos para transmitir y recibir radiofrecuencias de onda corta. Al igual que Thomas Edison, fue nombrado Gran Oficial de la Corona de Italia (OC).

Kate Carew era el seudónimo literario de la caricaturista Mary Williams Reed, que realizó numerosas entrevistas, inicialmente para el *World* de Nueva York y posteriormente para el *New York Tribune,* invariablemente ilustradas por sus propias caricaturas de los entrevistados. Entre éstos se cuentan el novelista Jerome K. Jerome, el productor teatral de Broadway Charles Frohman, Mrs. George Cornwallis-West (madre de Winston Churchill), G. K. Chesterton, Granville Barker, sir Arthur Wing Pinero, Ben Tillet (el líder del sindicato de estibadores de Londres), Elie Metchnikoff (el microbiólogo), Abdul Baha y el padre Vaughan.

Si el genio no es más que paciencia sin límites debo asegurarles, queridos míos, que Guglielmo Marconi no es el único con derecho a escribir OC detrás de su nombre y a que se hable de él llamándole amigo de reyes.

Durante tres días, tres largos, muy largos y agotadores días, estuve sentada en el Waiting Garden de Holland House, alimentándome y durmiendo a intervalos fijados. Transcurrido tan largo periodo apareció el secretario del señor Marconi y dijo:

—Creo que podré disponer la entrevista en breve, pero debe prometerme que no se quedará más de quince minutos.

Se lo prometí sin dudarlo ni un instante.

Poco después regresó:

—Temo que tendré que pedirle que sean diez minutos.

Se lo prometí, dubitativamente.

Más tarde:

—Lo siento, miss Carew, pero sólo puedo concederle cinco minutos con el señor Marconi. Está muy ocupado. Prométame que no se quedará más tiempo.

—Qué no daría por verle sólo un instante —repliqué agónica.

Por el camino el secretario me habló de lo divertidos que le resultaban los faroles de los americanos acerca del enorme exceso de trabajo al que se veían sometidos.

—Cielos, no hacen más que quejarse y parecen tener tiempo para todo.

Entretanto, yo me preguntaba "¿Qué puedo decir en cinco minutos?". En ese momento recordé el trino de una jovencita al ser presentada al señor Caruso: "¡Oh, señor Caruso, creo que canta usted adorablemente!".

Pensé que podría decir algo similar para romper el hielo. "¡Oh, señor Marconi, qué interesante resulta su telegrafía sin hilos! Él asentiría cortésmente con una inclinación, como había hecho Caruso. A continuación, yo podría añadir: "¡Ha supuesto un cambio tan grande en nuestra vida cotidiana!". Para aquel entonces el secretario estaría ya haciendo frenéticos puntos y rayas en el aire para indicarme que mi tiempo había acabado.

Lo que dije finalmente, en respuesta a sus educadas lamentaciones fue:

—Ha sido una larga espera, pero supongo que mi profesión se asemeja a la suya, señor Marconi, en un aspecto: requiere mucha paciencia.

El famoso inventor no reflejaba en absoluto el apresuramiento que su secretario, que tanto odiaba los faroles, había sugerido. Esperó cómodamente a que me instalara y pusiera mi equipo de entrevistadora en posición y seguidamente dijo con una sonrisa indulgente y cierta camaradería:

—Tiene toda la razón. Una de las primeras cosas que tiene que tener un científico es paciencia.

Conectamos nuestros cables en serie a los postes de preguntas y respuestas y empezamos inmediatamente a enviar y recibir mensajes.

—¿Cree usted, señor Marconi, que se llegará alguna vez a transmitir sin hilos energía para usos comerciales, por ejemplo la de las cataratas del Niágara?

Inmediatamente empezó a hacer pequeñas líneas en zigzag, como ondas Marcel... no, quiero decir hertzianas, sobre la mesa mientras hablaba. Fue una ocupación que no abandonó en lo que duró nuestro *tête-à-tête*.

—Ya se ha hecho a nivel experimental. Puede que no se logre antes de nuestra... —trazó una onda a modo de excusa entre las otras— de mi muerte, pero sin duda se logrará. En este momento el señor Tesla está trabajando sobre ese problema.

—Es una idea abrumadora, ¿no le parece? —sugerí.

—Lo es.

Permanecimos un minuto en silencio, nuestras vibraciones sintonizadas en las frecuencias del asombro y el entusiasmo. Yo fui la primera en volver en mí y entretuve el interludio tomando apuntes sobre la apariencia del señor Marconi.

Aún queda algo de la antigua colegiala en vuestra vieja tía Kate y me había limitado a dar por supuesto que un hombre tan famoso, entregado a actividades tan inusuales como uncir las fuerzas de la naturaleza al carruaje del hombre o dar a la nada aérea existencia y nombre, tendría una apariencia correspondiente: ojos oscuros y lustrosos que emitieran continuamente chispas; cabello prematuramente encanecido, testigo de innumerables vigilias de medianoche; el cuerpo, poco más que un motor humano, desbordante de fuerza psíquica, ascético, atenuado.

El hombre ante el que me encontraba es de estatura media, con una respetable anchura de hombros y más bien rechoncho. A pesar de sus "antepasados" italianos, cualquiera le definiría como un inglés, si le pidieran que le clasificara sin previo aviso. Tiene una coloración más anglosajona que meridional; es rubio, con ojos tristes color avellana, no muy grandes, pero penetrantes. Sus músculos lucen el aspecto tenso que indica una vida al aire libre. Tiene una barbilla firme, un boca generosa, una frente ancha y despejada. Apostaría algo a que fue un joven voluntarioso, me dije a mí misma.

Su aspecto dista mucho de ser la de un místico y no tiene nada de la dureza y agresividad de un hombre de negocios, con sus sobretonos metálicos. Su rostro, si se considera que la emoción es sinónimo de movimiento, es poco emotivo, pero transmite pensamiento, franqueza, propósitos. Desde su pelo engominado, peinado uniformemente hacia atrás, hasta sus lustrosos zapatos de color bermejo, es, externamente, un modelo de discreción. Aparentemente, no se toma excesivamente en serio, ya que está demasiado ocupado con las grandes cosas para dedicarle tiempo a las pequeñas. Sus palabras, perfectamente articuladas, reflejan un levísimo atisbo de influencia extranjera, demasiado vago como para catalogarlo, no más evidente que el de un muchacho inglés o americano educado en un colegio del continente.

Resumiendo, el señor Marconi da mucho más enfáticamente la imagen de hacedor que de soñador. Hasta tal punto es así que le pregunté, recordando los tres días que me había llevado seguirle la pista hasta su madriguera y rendirle tras un largo asedio:

—¿Cuántas horas al día trabaja usted?

—En realidad, no considero el pleito con la United States Wireless Telegraph Company, el motivo por el que me encuentro aquí, una forma de trabajo, pero cuando estoy enfrascado en un experimento trabajo a veces siete, ocho, diez, catorce e incluso dieciséis horas seguidas. —Citó la última cifra con un entusiasmo que sugería que estaría encantado de regresar a la rutina de las dieciséis horas de trabajo—. Cuando estaba en Terranova, intentando ponerme en contacto con Poldhu, a dos mil millas de distancia en Cornwall, trabajé muchos días seguidos prácticamente sin descanso.

Las manos del señor Marconi no armonizan en absoluto con el resto de su ruda apariencia. Son manos bellísimas, de artista. Yo las miraba, fascinada, mientras tamborileaban ocasionalmente una S en morse y continuaban sus zigzags hertzianos sobre la mesa. Son el único rasgo en él que descubre al mago, al ser sobrenatural que proyecta sus palabras a través de enormes extensiones de mar embravecido, junto a oscilantes mástiles y vergas, sobre aguas batidas por la tormenta, en medio de escandalosas bandadas de aves marinas, desde dunas de arena hasta centros de civilización. Sugerían varias preguntas. Una de ellas era:

—¿Se relaja usted de algún modo?

—Sí, me encanta conducir y escuchar música. Tuve una buena educación musical. Tocar el piano, desarrollar mi percepción de sonidos delicados y armoniosos, me ha sido, científicamente, de gran ayuda.

—¿Cuál es su rutina diaria?

—A las ocho me levanto. A las ocho treinta desayuno. A las nueve trabajo.

Ese último trisílabo, que abarcaba la mayor parte de su vida, me sugirió la siguiente pregunta.

—¿No se cansa nunca de su trabajo? —dije con un suspiro.

—Me canso físicamente, pero nunca me he sentido saciado por lo que se refiere a mis experimentos.

En esto, Marconi se asemeja a Edison, que en una ocasión me dijo que jamás se cansaba de trabajar. A nosotras, las mujeres, nos parece un tanto extraño.

En ese eléctrico instante, mis nervios auditivos detectaron una especie de Br-r-r y chispas sulfurosas, como de una batería mental muy agitada, procedentes del escondrijo del secretario. Me instalé aún más cómodamente. Se supone que el sistema de Marconi presta ayuda a quienes se encuentran mar adentro en medio de una niebla espesa. Así fue. El inventor, lanzando una mirada aplacadora por encima del hombro, me hizo una seña inaudible para que continuase.

—¿Cómo era usted de pequeño? —le pregunté—. ¿Le interesaba la ciencia?

—Enormemente. Empecé a hacer experimentos cuando tenía siete años. Hice mi primer experimento de telegrafía sin hilos a la edad de diecinueve.

Soy una fiel creyente en el influjo de la vida doméstica. La historia nos ofrece pocos ejemplos de niños solitarios que lleguen a ser eminentes, así que le pregunté:

—¿Le sirvió de inspiración algún hermano mayor?

—Tengo un hermano mayor —su tono y expresión rejuvenecida podrían haberse traducido como "¡Mi querido camarada!"—. No sé si me sirvió de inspiración, pero desde luego fue una influencia, aunque a él le tiraban más la agricultura y los negocios. Con todo, siempre me prestó todo su apoyo moral.

—¿Qué hay de su familia? ¿Era tolerante?

—Al principio, sólo eso. Me consideraban fantasioso. La idea que tuve de joven de enviar mensajes a través de las colinas de nuestro hogar en Italia no les quitaba el sueño de admiración, pero tampoco me pusieron obstáculos. Eso ya me parece mucho. Y en cuanto mis experimentos empezaron a ser tomados en serio se mostraron muy orgullosos y felices.

Me agradaban estas reminiscencias, así que me quedé inmóvil, ya que me habían dicho que si se mueve el reflector lo más mínimo, el mensaje se interrumpe.

—Sé que pensará usted que soy tremendamente ególatra, pero voy a confesarle que siempre he creído en mí mismo, que siempre soñé que llegaría a ser alguien, que daría que hablar al mundo. Supongo que todos los muchachos piensan eso de sí mismos, pero yo lo creía con más convicción que la mayoría de ellos.

Los zigzags se desplazaban hacia mí de modo confidencial, trémulo.

—¿Ha descubierto ahora, desde la perspectiva de su madurez, que es así como debe sentirse un muchacho? —triné.

—Creo que es la cualidad que salva al temperamento imaginativo y soñador.

—¿Le inspiró cuando niño la vida de algún científico en particular?

El señor Marconi se sumió en un abismo de pensamiento, del que no tardó en emerger.

—No recuerdo que hubiera ninguna influencia en especial; pero, al contrario que muchos científicos, siempre me he sentido enormemente interesado por los experimentos y descubrimientos de otros.

El secretario pasó de una puerta a otra. Me dirigió una mirada en la que leí que me consideraba un auténtico cohesor Bramley. No me importó. No tenía la menor intención de descohesionarme mientras

el señor Marconi estuviera dispuesto a seguir hablando. Fingí no haber percibido su dolida expresión de confianza traicionada. ¡Oh, cielos, cómo son esos secretarios que saben que soy una mujer falsa y perjura! Si se juntaran todos y sumaran las veces que he empeñado mi palabra, el resultado cabría en la uña de un dedo.

Pregunté, perfectamente indiferente al sufrimiento que emanaba de mis inmediaciones:

—¿Soñó en el telégrafo sin hilos desde el principio?

—No, no creo que fuera así. Siempre tuve en mente la idea de poner a todos los países en contacto, de unir lugares distantes entre sí, pero era todo muy vagoroso. En la medida en que puedo expresar con palabras aquella remota ambición, diría que quería dedicarme a algún tipo de trabajo científico que me hiciera viajar mucho.

—¿De modo que era un romántico? —pregunté encantada en un tono que decía a las claras "ya lo sabía yo". Habíamos vuelto al punto de partida de la colegiala.

—¡Romántico! Supongo que sí. —El rostro de Marconi se iluminó como por un fuego interior. Ahora no reflejaba carencia de emociones. Sus dedos trazaron agitadas ondas como las que pudiera haber hecho una gigantesca araña de mar—. Cuando me marche de aquí, viajaré durante cinco días hasta el corazón de los bosques de Canadá. Resulta estimulante ver Nueva York, pero transcurrido cierto tiempo, empiezo a sentir añoranza por mi trabajo.

"Añoranza por mi trabajo". Si duda es una traducción tan adecuada como la que más del casi intraducible "instinto viajero".

—¿Adora usted el Gran Más Allá? —dije, casi susurrando, llevada por el temor de que Marconi el poeta se convirtiera de nuevo en Marconi el inventor.

—Ya lo creo que sí. Esas grandes extensiones de mar y tierra; esos horizontes desdibujados. Es entre ellos donde uno pasa los momentos más maravillosos de su vida. La imaginación se enfrenta al infinito y uno puede leer inmensas posibilidades. Como dijo Tennyson: "Experimentas la visión de todos los mundos y maravillas que haber pudieran".

Bajo aquel exterior sereno, tranquilo, creí percibir la fuerza de su imaginación y la voluntad de materializar sus sueños en hechos.

—El lado humano es también interesante, ¿no es así? —pregunté deslizándome de las alturas.

—Mucho. Gentes extrañas, tipos nuevos. Algunos inteligentes, otros no tanto. Muchos sólo te hacen perder el tiempo.

—¿Le toman en serio los nativos?

—Tienen que hacerlo. En algunas de las estaciones más remotas, pequeños reductos sobre la tierra, tengo que depender de la ayuda de los nativos. He de instruir a la gente, confiar en ella cuando me mar-

cho, inspirarle confianza. No es la parte menos interesante de mi trabajo, puede creerme.

Pensé en aquellos lugares casi ignotos con los que el nombre de Marconi está indisolublemente ligado. Salisbury Plains y Penarth, las bahías de Alum y Glace, Wimereux y otros. Las paredes del salón se desvanecieron y me pareció verle allí, en un marco más apropiado.

Había pensado preguntarle alguna nadería acerca de la transmisión sin hilos en el teatro, pero el contraste entre el escenario de Broadway y aquel que acababa de mencionar, en el que se interpretan los grandes dramas de la naturaleza, en los que se usan grandes fuerzas primigenias en vez de mezquina mecánica teatral, hizo imposible la pregunta. En su lugar inquirí:

—¿Le han robado las máquinas voladoras su... —titubeé un instante entre impacto y trascendencia y, malinterpretándome, el señor Marconi me respondió rápidamente:

—He volado en una con algunos aparatos, pero nos sentimos todos tan interesados por el aeroplano que nos olvidamos del transmisor.

—Cuando los aires estén poblados de aparatos voladores, como se ha predicho, ¿interferirá la presencia de tanta fuerza mecánica con las vibraciones de los emisores?

—Ni lo más mínimo.

—¿Qué nación le ha prestado más apoyo, financiero y moral?

—Italia, en ambos aspectos.

—¿Cree en el espiritismo?

—Sí, pero no lo he estudiado muy a fondo.

—¿Cree que se aproxima el día en que prescindiremos de los métodos ordinarios de comunicación como el teléfono y la correspondencia?

Desde luego el señor Marconi tiene poderes de penetración. Me traspasó de parte a parte.

—¡Ya lo creo que sí! Podremos sintonizar nuestras mentes. Estoy seguro de ello. Hasta cierto punto ya lo hacemos, pero algún día, al entrar en un restaurante, cuando el camarero le pregunte "¿Viene sola?", le contestará, "Oh, no, estoy esperando a alguien", emitirá una o dos ondas y ese alguien aparecerá.

Se echó a reír ante la expresión extática de mi rostro. Aproveché para sacarle partido a mi deleite:

—¿Y si alguna otra persona me está pidiendo lo mismo a la vez?

—Oh, no, no se puede recibir y emitir al mismo tiempo, ¿comprende? —dijo con mayor regocijo aún.

Seguimos trasteando con la idea de aquella hipotética comida.

Entonces pregunté:

—Supongamos que no recuerdo lo que me ha contado en esta entrevista. Si emito una onda, ¿la recibirá usted y me responderá?

—No puedo prometérselo. —Ahora el bromista era el inventor—. Aún no hemos llegado tan lejos. La telepatía es más una promesa que una realidad.

—¿Se abolirán finalmente los cables telefónicos?

—Los experimentos iniciales han tenido éxito. Cuando uno piensa que antes de 1898 no se había conseguido efectuar una transmisión sin hilos a una distancia de más de dos millas, ¿qué no cabe esperar?

—¿Se interesó personalmente en el primer rescate en el mar merced a la telegrafía sin hilos?

La ondas hertzianas son ahora muy calmosas y relajadas, la superficie de la mesa recibe un merecido descanso. La serenidad de mi *bis-à-bis* es más marcada que nunca. No hay duda de que el señor Marconi es un verdadero león. Tampoco hay duda que no es de los que roen los barrotes de su jaula.

—Voy a decepcionarla. No sentí ninguna emoción, ninguna excitación, ninguna sensación de éxtasis, no más que las que siento ahora. —No me pareció muy halagador—. Había ocurrido ya mil veces en mi imaginación, así que cuando se produjo en realidad no significó nada excepto la gratificación de haber salvado vidas.

—¿Trabaja usted en nuevos inventos?

—En varios. Tengo presentados en la oficina de patentes los papeles para un radiogoniómetro que en mi opinión resolverá todos los peligros que plantea la niebla. Ya ha sido descrito en detalle en los periódicos.

—¿Cuando cree que las ondas de radio darán la vuelta al mundo?

—No sabría decirle.

—¿Presenta dificultades la curvatura del planeta?

—Hasta el momento, ninguna.

—¿Cuál es la mayor distancia a la que se han transmitido mensajes hasta el momento?

—Desde Gran Bretaña hasta la República Argentina.

—¿Llegan más rápidamente que por cable?

—De transmisor a receptor diría que la transmisión sin hilos es ligeramente más rápida, pero las dificultades comerciales de enviar los mensajes hace que ambos métodos resulten comparativamente iguales.

—¿Cuáles son los precios respectivos?

—De Nueva York a Londres los mensajes cuestan 15 centavos por palabra en el caso de la telegrafía sin hilos y 25 para la telegrafía por cable.

—¿Y el tiempo exacto de transmisión?

—Una fracción de segundo.

Ante mi desafortunada utilización de la palabra "tiempo" el secretario, como un genio saliendo de su lámpara, se materializó repenti-

namente. Era fácil percibir que yo me encontraba fuera de su radio amistoso. Emitía señales de peligro al éter y el señor Marconi captó un impulso oscilante que hacía referencia a los cinco minutos que yo había prometido no superar.

Mi mente, perfectamente sintonizada, captó el mensaje de despedida. Me levanté apresuradamente, y mientras nos estrechábamos la mano tuve la misma impresión que al principio, pero multiplicada por mil, de que todas las cosas agradables que mis amigos decían del señor Marconi eran verdad. Es poseedor de la infinita paciencia, la agudeza de observación, la habilidad práctica y la imaginación despierta que se le atribuyen. Es el hacedor y el soñador: un hombre de acción y un poeta.

Y, al percibir el socarrón chispear de sus ojos, añadí a tan larga y merecida lista de cualidades la que hacía del hombre, incluso del inventor célebre, del OC y el amigo de reyes un buen "tipo".

